

Literatura y poder

Soljenitsin o la literatura como un compromiso social

SERGIO BERLIOZ

La palabra escrita siempre ha sido reflejo y estímulo de las cavilaciones de la historia. Para poder mantener vivas sus ideas y conceptos, la palabra, cuando no tuvo otra opción, ha tenido que ocultarse bajo dobles e incluso triples sentidos como en la mayoría de los textos del Siglo de Oro español, o huir y refugiarse en sociedades más o menos abiertas, como es el caso de notables críticos de su sociedad, denominados "disidentes".

Entre los disidentes del totalitarismo, los exiliados del ex-bloque comunista constituyen una rica y variada mayoría en nuestro siglo XX, cuyas reflexiones de profundo sentido humanista, reacción de sus no siempre gratas experiencias personales, convicciones propias y sus respectivas herencias filosóficas y literarias, merecen toda nuestra atención, como poderoso antídoto a la loca carrera de la tecnología por sobre todas las cosas, la economía, termómetro de todo lo que ocurre en el mundo material, y el "progreso" científico, donde el hombre ha quedado rezagado y minimizado.

Escritores como el húngaro Gybrgy Konrád (1933) y el ruso Alenxandr Soljenitsin (1918), entre muchos otros, nos hacen recuperar los pasos perdidos hacia la fe en el futuro del hombre. La literatura de estos dos creadores, que han sufrido en carne propia la injusticia, la cárcel, hospitales psiquiátricos para el primero, donde le trataron de cambiar "sus ideas", campos de trabajo, destierro e incluso intentos de asesinato, desmorona pero reconstruye; desenmascara pero deja salidas que invitan a múltiples respuestas que activan al lector. "Kundera ha sentenciado memorablemente que el totalitarismo no merece el honor de una novela; pero Konrád nos dice implícitamente que el habitante de la ciudad, sí —nos comenta Carlos Fuentes. La sociedad civil se merece una novela, porque una novela es parte del hecho de vivir, de habitar una ciudad y de hacerla humana (...). La tecnología, como dijo Max Weber, ha desencantado al mundo —continúa Fuentes. Y en vez de la cuidadosa administración de la violencia en el campo de batalla como lugar de justas, comprobamos que la violencia se desencadena indiscriminadamente sobre la población civil".¹

Desde los tiempos supuestamente superados de la Edad Media, el control total impuesto a la población civil no había tenido tanto éxito como a diferentes niveles y denominaciones se ha venido aplicando en nuestra centuria. Los escritores tienen un compromiso constante ante un mundo integrado por masas contabilizadas por miles, millones, cientos de millones e incluso miles de millones de "cabezas", jamás como agrupaciones de individuos. Ya en 1992, el escritor Salman Rushdie se burlaba en una entrevista concedida a un periódico norteamericano que cabeza valiera dos millones de dólares, cuando en los países que lo habían condenado, la vida de cada uno de sus habitantes valía pocos centavos, si es que acaso llegaba a valer algo. El hombre masa se agrupa en sindicatos, clubes más o menos privados, deportivos, asociaciones, partidos y escuelas, y distrae de esta manera el enorme

abismo que la soledad e insatisfacción de la vida urbana lo separa de su propio ser. La literatura puede transformar el camino.

Así lo cree la mayoría de los escritores del antiguo bloque comunista, en especial Soljenitsin, quien hace del acto de escribir y el de ser leído un acontecimiento que puede transformar la vida. En este caso, el lector no es un ser pasivo sino un pensador. El doctor Steve Allaback, en su estupendo y nunca suficientemente recomendado libro sobre el novelista y ensayista ruso, nos explica qué entiende Soljenitsin por "un pensador": "El lento proceso que implica comenzar a pensar es expuesto cuidadosamente varias veces en (la tercera novela de Soljenitsin) Pabellón de cáncer (1955-1964), así como en El primer círculo (1968) y en Agosto de 1914 (1971), como si Soljenitsin quisiese dejar bien sentado que el Hombre Pensador es un caso muy raro en cualquier nivel social y en cualquier circunstancia. Por supuesto, todo el mundo cree que él piensa — ninguna mente es una jarra vacía—, pero Soljenitsin no está preocupado por el hecho de pensar para recrear como los intelectuales), o por el pensar en el trabajo (como los ingenieros), sino en el proceso mediante el cual el individuo adquiere una sana percepción de la vida o un cierto sentido que le indica que sus anteriores concepciones de la vida eran falsas. (Soljenitsin) sugiere continuamente, continúa Allaback, que es muy difícil pensar; la gente no lo hace, a menos que se vea obligada a ello, e incluso en este momento, no están preparados; hay que tener cuidado de los ideólogos y los filosofadores que hacen que el proceso parezca muy fácil (...)". Y concluye Allaback: "una simple idea impulsa un significativo cambio; un ligero cambio en el corazón hace que la vida de Yefrem (uno de los personajes más interesantes y conflictivos de esta novela) sea diferente. Quizá la mejor razón para decir que Soljenitsin es un escritor optimista sea su creencia en que esto puede ocurrirle a una persona. La idea, el libro o la persona apropiada en el momento apropiado pueden, al igual que el sol que sale atrás de una nube, proporcionar luz a un hombre como Yefrem. Tan sólo es necesario ser listo y estar preparado para reconocer la verdad cuando te golpea".²

La idea, la palabra..., el escrito. La confianza en la frase impresa que puede transformar al mundo que se enfrenta a ésta, ha sido una característica muy marcada en la cultura del pueblo ruso, a diferencia de gran parte del mundo occidental, que en forma alarmante y progresiva está haciendo a un lado la lectura para sustituirla primero por el cine, después por la televisión y finalmente por la computadora (como medio visual, no instrumento de lectura). Esta confianza en la palabra motiva al escritor eslavo a comunicar grandes hechos, grandes ideas y sus respectivas propuestas y desarrollos a un público preferente (y en ocasiones idealizadamente) lector, ya sea en su propia patria o en la adoptiva. Por ello la recurrente necesidad de hablar de los hombres, la libertad pocas veces saboreada en pueblos duramente castigados por gobiernos despóticos, invasiones, masacres inimaginables, hambrunas y climas extremosos. Pero ante todo se habla y escribe de lo que se puede cambiar, como si la palabra, al nombrar las cosas y analizarlas, pudiera exorcizar las malas acciones, las malas leyes y, sobre todo, a sus autores.

El Archipiélago Gulag: ¿ensayo, testimonio, literatura?

Como obra cumbre dentro de la producción literaria y ensayística de Soljenitsin, el Archipiélago Gulag (1973), con más de mil cien páginas en su edición en castellano,

constituye el mejor ejemplo del compromiso social de la palabra escrita. Así, vemos al autor darnos el siguiente comunicado apenas abrimos el libro: "Con el corazón oprimido, durante años me abstuve de publicar este libro, ya terminado. El deber para con los que aún vivían, podía más el deber para con los muertos. Pero ahora, cuando, pese a todo, ha caído en manos de la Seguridad del Estado, no me queda más remedio que publicarlo inmediatamente".³

Esta noticia, redactada como si se tratara de un recado clandestino, conmueve por ese mismo motivo y prepara el largo y tortuoso camino de testimonios que deja caer a tierra el mito de la "gloriosa revolución rusa", cantada por el mismo Read en su célebre libro Los diez días que conmovieron al mundo (1918), antes que la pugna por el poder presenciado por él le dejara claro lo fortuito y precipitado de sus comentarios. Soljenitsin, continuando con el mismo estilo, nos informa que "en este libro no hay personajes ni hecho imaginarios. La gente y los lugares aparecen con sus propios nombres. Cuando se emplean iniciales, ello obedece únicamente a razones de índole personal. Y cuando falta algún nombre, se debe a un fallo de la memoria humana, aunque todo ocurrió tal y como se describe aquí".⁴

En su característico estilo naturalista al mismo tiempo que moralista, donde el bien y el mal no son términos relativos sino absolutos, Soljenitsin trata de anotar TODO lo humanamente posible e incluso más (sus propios comentarios) y sin embargo asiste impotente a un libro que por las dimensiones épicas y abismales de una Unión Soviética que se tragó la vida de más de veinte millones de vidas inocentes durante el régimen stalinista, como lo demuestra la dedicatoria de esta magna obra: "Lo dedico a todos aquellos a los que no les alcanzó la vida para contar esto. Perdonadme porque no lo vi. todo, no lo recordé todo, no lo intuí todo".⁵

A caballo entre el ensayo y la novelística, Soljenitsin lo ve todo como un solo acto para un fin único: el correcto ejercicio de la libertad humana. Por y para ello el compromiso, lo que le orilla a escribir vastas y complejas enciclopedias de la vida humana, llenas de información, que revela grandes cosas en libros, parafraseando a Steve Allaback, evidentemente importantes. Continuando en esta tónica, Soljenitsin nos da un nuevo comunicado en la segunda parte de lo que él mismo ha denominado "Ensayo de investigación literaria", el Archipiélago Gulag, precedido por dos líneas extraídas de la carta de una exreclusa: "Sólo podrán comprendemos quienes hayan comido junto con nosotros del mismo plato". Seguido de este mensaje a modo de escueta introducción: "Lo que pretende contener esta segunda parte es inconmensurable. Para poder comprender y abarcar todo su salvaje significado, hubiera sido preciso arrastrar muchas existencias por los campos de concentración, esos mismos campos donde pueden contarse los que logran sobrevivir a una sola condena, puesto que han sido concebidos para el EXTERMINIO.

Así, quienes más hondo han calado en ellos, quienes los conocieron hasta sus últimas consecuencias, ya nada podrán contar, porque están en la tumba. Nadie podrá nunca revelarnos la ESENCIA de los campos de concentración.

La magnitud de esta historia y de esta verdad es superior a las fuerzas de una sola pluma. La visión que doy del Archipiélago no es la que se tendría desde lo alto de una torre, sino tan solo a través de una rendija...".⁶

Un día en la vida de Alexandr Soljenitsin

Vivía tan sólo para escribir —recuerda la célebre soprano Galina Vishnevskaya, quien, junto a su marido, el no menos célebre chelista Mstislav Rostropovich, acogieron en 1968 al escritor en su casa, lograron hacer contactos en el extranjero para publicar las obras inéditas y, una vez que Soljenitsin ya estaba en el exilio, seguirle por el mismo motivo a los Estados Unidos en 1974.

Se levantaba al alba, trabajaba hasta el anochecer y se iba a dormir entre las nueve y las diez. Se atuvo a esos horarios durante cuatro años, y aún los mantiene (...). La ventana de mi dormitorio daba a esa parte del jardín y, cuando me despertaba en las mañanas, mi primera visión era la de Soljenitsin paseándose como un tigre, de un extremo a otro del cerco. Luego volvía a pasearse durante horas. Junto a su casa mantenía siempre encendida una fogata; la alimentaba constantemente con los borradores y papeles que no utilizaba. Nunca había visto una letra tan diminuta y exquisita como la suya; cuando se lo comenté, rió diciendo: "Es un hábito que adquirí en el campo de concentración; debía escribir la mayor cantidad posible de palabras en pequeños trozos de papel. Así era más fácil esconderlos".

Testigos preferenciales de la vida de Soljenitsin, los Rostropovich, los visitaron cierta noche: "... lo encontramos cenando. Sobre la mesa había un trozo de pan, un plato de fideos y unos cubos de caldo (...). Se alegró al ver-nos y dijo: Qué placer verlos. Ahora beberemos té.

Yo no podía dejar de contemplar la magra comida que estaba preparando. Cuando salió de la habitación, eché un vistazo al refrigerador: había una botella de leche, un tarro de coles, una papa hervida, huevos. Eso era todo.

Luego me enteré por Slava (diminutivo de Rostropovich) de que vivía con un rublo diario. De esa manera, los derechos de autor que cobraba por Iván Denisovich le alcanzarían para varios años. Tenía planeado escribir todo cuando deseaba antes de quedar-se sin recursos.

"Después de recibir el premio Nóbel (en 1970), su vida cambió muy poco. Sólo noté que había adquirido ginebra, agua tónica y nueces, todo ello para sus invitados, ya que él no bebía ni fumaba. Y, además, sus comidas mejoraron un tanto" .⁸

Honestidad y responsabilidad con los demás, a partir de sí mismo, puede constituir la frase que mejor resume la vida y obra de este extraordinario pensador y al mismo tiempo un estímulo inapreciable para el ejercicio de la lectura como auténtico acontecimiento trascendental, que puede transformar en forma positiva y tajante la vida de uno, pero también al mismo tiempo fortalecer al individuo que, de poder ejercer sus derechos a través del "conocimiento" propuesto por Soljenitsin, acercaría más a la sociedad a una utopía hasta la fecha mal comprendida por el hombre-masa. Todo es cuestión de compromiso. El tiempo, se acaba.

1. Carlos Fuentes, *"La ciudad en guerra: Notas sobre Gyorgy Konrád"*. Revista Nexos, junio 1989, N° 138, México, DF, p. 39.
2. Allaback, Steve, *Alexander Solzhenitsyn*, NOEMA Editores, México, 1980, pp. 97-98.
3. Soljenitsin, Alexandr, *Achipiélago Gulag*, Plaza y Janés Editores, México, 1974, colección *El arca de papel* N° 50, Volumen I, p. 5.
4. *Ibid*, p. 6.
5. *Ibid*, p. 9.
6. *Ibid*, II Volumen, pp. 5-6.
7. Vishnevskaya Galina, *GALINA (Autobiografía)*, Editorial Javier Vergara, Argentina, 1985, pp 277-278.
8. *Ibid*, p. 273.